

# Cuestión de entereza

Gustavo Esteva

Marzo del 2011:

*Don Gustavo: Saludos. Leímos uno de sus últimos textos publicados y creemos que estamos en la misma cancha. Por eso queremos invitarlo a que escriba sobre este olvidado y despreciado (por los de arriba) tema de la Ética y la Política. Un abrazo. SupMarcos.*

*Entereza. a. Integridad | b. Rectitud | c. Fortaleza, constancia, firmeza de ánimo.*

Apenas me atrevo a entrar en la conversación. No quiero interferir. Pero tampoco puedo dejar de hacerlo: tanto las circunstancias como la carta imponen exigencias éticas. Y me animo a participar apoyado en las muletas que me prestan algunos amigos – unos cercanos e inmediatos y otros con la cercanía que dan los libros y las encarnaciones de sus ideas.

## Pensar por nosotros mismos

Al preguntar provocadoramente si pensamos y por qué nos resistimos a hacerlo, Pietro Ameglio mostró hace poco la manera en que el ruido a que nos someten continuamente impide pensamientos propios y lleva a aceptar infantilmente lo que se afirma con autoridad. Evoca a Fromm cuando señaló que, para lograr ese resultado, se procede a destruir toda imagen

estructurada del mundo, reduciéndola a muchas piezas pequeñas, cada una separada de las demás y desprovista de cualquier sentido de totalidad. Los noticieros televisivos, al mezclar noticias de masacres o injusticias sociales con notas de bodas o deportes, ilustrarían este dispositivo que nos conduce a obedecer a la autoridad, a plegarnos a sus órdenes. Por eso Pietro nos exige pensar, como condición para ser libres. Y cita a Canetti: “El hombre libre es aquél que ha aprendido a liberar las órdenes” y no el que, como un soldado, “está permanentemente en espera de ellas”.<sup>1</sup>

Precipito aquí el argumento, aun antes de poner las cartas sobre la mesa. Me pregunto, con azoro y preocupación, por qué millones de mexicanos están a la espera de la orden que les indicará cómo marcar la boleta el año próximo... Me pregunto cómo podríamos reflexionar críticamente sobre lo que verdaderamente importa, sin cortinas de humo ni fuegos de artificio.

## Pensar críticamente

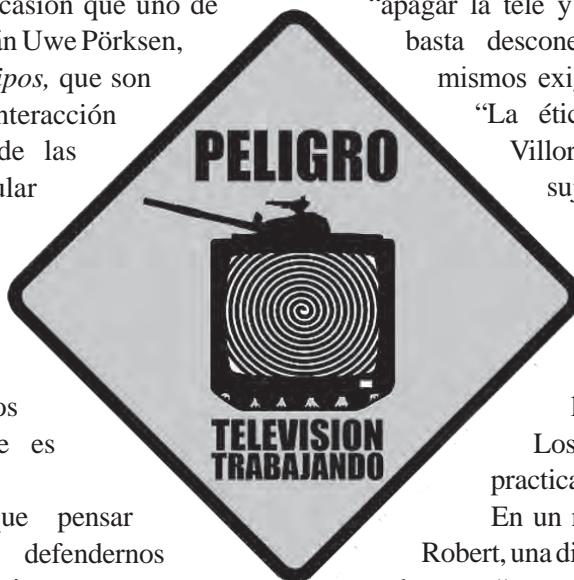
En la carta, el *sup* sigue a don Luis para mostrar cómo la filosofía puede tomar el lugar de la religión a fin de justificar la dominación y la barbarie, dándoles un fin aceptable, y cómo los medios de comunicación masiva toman ahora el lugar de la filosofía en esa función.

Al reflexionar sobre el fin de la era actual, en una conversación con David Cayley, Illich se refirió a los anuncios expertos que nos inundan con instrucciones y consejos que ya no son transmitidos mediante frases, sino con iconos. Las imágenes se emplean

como argumentos. “Un icono es un marco, elegido no por mí, sino por otro para mí. No es el caso de una frase: mediante esa libertad singularmente hermosa e inherente al lenguaje que impone a mi interlocutor esperar pacientemente que rumie esas palabras en mi boca, mis frases siempre pueden romper el marco que tú quieres imponerles. El icono, en cambio, fija de súbito lo que evoca, produciendo una parálisis visual que inmediatamente se interioriza... La representación visual, icónica, determina la palabra al grado que ya no se puede pronunciar una sin evocar la otra.” Para Illich, “la guerra del Golfo, esa guerra informatizada que mostró a los hombres su perfecta impotencia y a la vez su gran asiduidad a las pantallas donde la vieron” ilustra bien la condición a que se nos ha llevado.

Illich recordaba en esa ocasión que uno de sus amigos, el lingüista alemán Uwe Pörksen, llamaba a esos iconos *visiotipos*, que son formas elementales de interacción social que, a la inversa de las palabras, no permiten formular una frase. Surgen cuando se han generalizado ya los “espacios virtuales” que aparecieron en los años setenta. “Cada vez que vemos un visiotipo dejamos que la virtualidad de que es portador nos contamine”.

Doy este rodeo porque pensar en libertad requiere hoy defendernos activamente de los visiotipos que nos atrapan con su bombardeo programado por los especialistas y forman percepciones generales. Esto será cada día más difícil. Estamos en una nueva fase de programación. Como la guerra ha creado “más gente atemorizada que gente insegura”, se buscará ahora que los medios “modulen con todo rigor e inteligencia la información”. Así explicó Héctor Aguilar Camín el nuevo decálogo que uniformará los criterios editoriales de los principales medios de comunicación del país. A las 10 de la mañana del 24 de marzo los 10 mandamientos del Acuerdo para la Cobertura Informativa de la Violencia fueron presentados en una “cadena nacional voluntaria” ante la presencia testimonial de altos “representantes” de la sociedad –



lo mismo el rector de la UNAM que los dirigentes del Consejo Mexicano de Hombres de Negocios, la Unión Nacional de Padres de Familia o el Comité Central de la Comunidad Judía... Felipe Calderón celebró de inmediato el Acuerdo, tomado para “no ignorar la violencia que diariamente acompaña a los mexicanos en todos los ámbitos de la vida”. Le pareció “crucial para consolidar una política de Estado en materia de seguridad.” Permitirá “el manejo de la información vinculada a la violencia”.

Ciudadanos alertas, conscientes de la nueva amenaza, reaccionaron de inmediato en *twitter* contra este “manejo”: “uniformar en vez de informar”; “nace un nuevo cartel de la desinformación”; “mejor que censura, autocensura”; “para que no escuches de matanzas antes de las elecciones”... Alguno decidió “apagar la tele y la radio”. Está bien, pero no basta desconectarse. Pensar por nosotros mismos exige llegar a la reflexión crítica.

“La ética crítica empieza”, escribió Villoro, según cita el *sup*, “cuando el sujeto se distancia de las formas de moralidad existentes y se pregunta por la validez de sus reglas y comportamientos. Puede percatarse de que la moralidad social no cumple las virtudes que proclama”.

Los zapatistas nos convocan hoy a practicar esa ética crítica.

En un momento como éste, dice Jean Robert, una dimensión ética adicional permite alcanzar “un nuevo entendimiento de nuestro lugar en el mundo y en la historia”. Al explorar su sentido, Jean recuerda lo que decía Hugo, el amigo de Illich en el siglo XII: “a través de lo que se dice que se hace, se quiere decir algo que debe hacerse.” De eso se trata, en efecto. La guerra zapatista “es una guerra para dejar de ser lo que ahora somos y así ser lo que debemos ser”, subraya el *sup*, porque “trata de anular el terreno de su realización y las posibilidades de los contrincantes” (los zapatistas incluidos), y se reconoce en otros “que anhelan un mundo sin ejércitos”. Si nos abandonamos, nos hacen ser lo que no somos. En vez de dejarnos ser, sin sentido crítico, necesitamos pasar a la condición en que lo que hacemos es también lo que debemos hacer.

## Vía armada

“La guerra es paz”, “La libertad es esclavitud”, “La ignorancia es fuerza”. Estas eran las consignas del Partido del Interior en la distopía alucinante de Orwell.

Todos los días se machaca que la violencia de todos los órdenes desatada contra nosotros no tiene más objeto que “traer tranquilidad y seguridad a los mexicanos”. Así lo señaló Felipe Calderón al celebrar el acuerdo de la uniformidad, la censura y la desinformación, el cual sería “pleno respeto a la libertad de expresión y a la libertad editorial”. Sí, eso dijo.

Orwell recurrió a su imaginación literaria para advertirnos del camino que seguían los Estados de su tiempo – camino que parecía invisible aunque estaba a la vista de todos. Necesitamos traer su advertencia a nuestra situación actual.

Andrés Manuel López Obrador repite una y otra vez que las únicas opciones para acceder al poder político son la vía armada y el ejercicio electoral. Como la primera parece condenada por la historia y por la mayoría de los mexicanos, según él no nos queda más opción que las elecciones. Y por eso, contra toda experiencia, debemos concentrar nuestra energía en las de 2012; ahora sí, afirma, podremos derrotar a la mafia política que se ha apoderado del país.

Es cierto que la mayoría de los mexicanos rechazamos la violencia. Pero en su presentación orwelliana AMLO disimula el hecho de que esas opciones políticas se han convertido en una. Felipe Calderón adoptó la vía armada. Incapaz de gobernar con un poder político que nunca tuvo –según constató hasta el embajador estadounidense– recurrió al ejército y la policía para aparentar que gobernaba, imagen que los medios se apresuraron a reforzar. Las elecciones forman parte del dispositivo. Cambiar de gatillero no modifica el carácter del gatillo ni su función.

“¿Por qué –destaca la carta a don Luis– por qué la supuesta gran organización nacional que se prepara para que en las próximas elecciones federales, ahora sí, gane un proyecto alternativo de nación, no hace algo ahora? Si piensan que pueden movilizar a millones de mexicanos para que voten por alguien, ¿por qué no movilizarlos para parar la guerra y que el país sobreviva?”

No caigamos en la trampa de aquilatar la magnitud y calidad de esa “organización nacional”, aún encerrada en sus riñas de callejón, que sólo cuajaría dentro del circo mediático de las campañas. Especular sobre sus posibilidades no sería pensar libremente. Implicaría atenerse a las órdenes del Ministerio de la Verdad y el Partido del Interior, resistirse a pensar.

Necesitamos hacer evidente, como dice don Luis, que la moralidad existente no tiene las virtudes que proclama. El país se cae a pedazos. “Se está destruyendo el tejido social en casi todo el territorio nacional”. De la guerra actual “no sólo van a resultar miles de muertos... y jugosas ganancias económicas. También, y sobre todo, va a resultar una nación destruida, despoblada, rota irremediamente”. Es esto lo que está pasando entre nosotros. Necesitamos verlo con claridad para actuar en consecuencia. Aquellas propuestas, en cambio, al argumentar equívocamente que no hay más camino que las elecciones, nos condenan a la parálisis. Nos exigen alimentar ilusiones estadísticas para tropezar de nuevo con la misma piedra. Obstaculizan nuestra lucha actual.

Es preciso reconocer a pie firme, sin vacilaciones, sin temor, la condición en que estamos. Al margen de toda discusión teórica e histórica sobre el valor y sentido de la democracia representativa, las elecciones no constituyen hoy en México una auténtica alternativa política. No importa quién gane. Son solamente una forma más de la vía armada que prevalece en el país, la que tiene a la quinta parte de los mexicanos en los Estados Unidos y arrincona a los demás, socava sus condiciones de vida, destruye sus entornos naturales y cancela paso a paso sus libertades.

Las elecciones de 2012 no abrirían paso al cambio, para reconstruir en paz lo que queda del país. Planteadas como única opción, supuestamente pacífica, no son sino un ingrediente más de la guerra que se libra contra nosotros. Contribuyen a extenderla y profundizarla. Levantan un muro, en la percepción de millones de personas, que les impide construir una alternativa real.

Algunos, decía Foucault, quieren cambiar la ideología sin modificar las instituciones: sustituir solamente las cabezas. Otros quieren reformar instituciones sin cambiar la ideología. Lo que hace falta es una conmoción simultánea de ideologías e instituciones. Por eso debemos preguntarnos en



qué medida se nos aplica, hoy y aquí, lo que dice con elocuencia Ali Abu Awwad, un joven palestino que dirige un nuevo movimiento en los territorios ocupados por Israel: “La paz misma es el camino a la paz... y no hay paz sin libertad”.

### **México no es Gaza**

No, no lo es. Pero puede serlo. Existen analogías escandalosas que merecen consideración. ¿No sería útil reflexionar sobre algunas semejanzas espeluznantes, como la que parece existir entre los palestinos en Israel y los mexicanos en Arizona? ¿O la desproporción entre la fuerza militar/física de Israel y la de Palestina y la que existe entre los cuerpos militares, policiacos, paramilitares y parapoliaciacos de Estados Unidos y México, de un lado, y la gente, del otro? Y hay algo más grave que esas analogías. Lo más grave, allá y aquí, es el silencio, la habituación: el acostumbrarnos a ver con naturalidad lo insoportable.

Muchas voces expresan ya, dentro de Israel, creciente preocupación por las actitudes que observan en su sociedad. Ni siquiera logran despertarla los

horrores del libro que acaba de publicar testimonios de soldados israelíes que participaron durante los últimos 10 años en la ocupación de Palestina. “Lo que pasa como normalidad bajo la ocupación”, señala David Shulman, “es aun peor que los años de combate por su yugo incesante, diario, deshumanizante. Cualquier lector de ese libro verá pronto la manera en que la ocupación se ha convertido en un sistema degradante de control... He constatado los efectos de la droga devastadora de la habituación... He visto cómo el mal, engranado en un sistema ramificado y a menudo impersonal, puede descomponerse en actos pequeños y diarios que, por muy repugnantes que sean al principio, pronto se vuelven rutina”.<sup>2</sup>

Enfrío las palabras. No quiero poner la analogía al servicio de mi argumento. Quizás, tras el Acuerdo, saldrán de las pantallas los espectáculos de violencia que se han estado montando. Se reducirá la dosis de la droga. Acaso, según comentaron con sorna algunos reporteros tras escuchar el decálogo de criterios editoriales, cambiará el lenguaje. “Dos decapitados con poquita violencia”, se dirá ahora. O: “Los antisociales esparcieron las extremidades de la víctima, quien no sufrió”...

Me preocupa que nos hayamos habituado en alguna medida a esas imágenes de violencia. Pero me preocupa mucho más que se haya hecho costumbre la criminalización de los movimientos sociales. Los medios se cebaron en algunos aspectos de la violencia en Atenco o Oaxaca. Pero marginan u omiten cada vez más la que se emplea cotidianamente en todo el país, contra los más diversos movimientos sociales, y en particular la que se ha empleado por años en todos los territorios indios y contra las comunidades zapatistas y se ha intensificado recientemente.

Me preocupa que ese silencio no cubra solamente a los medios sino que abarque ya a amplias capas sociales – incluso a aquellos que en abstracto defienden las causas populares. Los mismos que denuncian con exaltación cada gesto de Calderón o sus rivales políticos. Los que proclaman su compromiso con la justicia social o el bien del país y prometen restaurar lo que los neoliberales nos quitaron y traer muchas otras bendiciones. Los que pintan su raya respecto a la represión. ¿Por qué permanecen callados ante los atropellos constantes contra la gente y los movimientos que dicen defender? ¿Por qué no denuncian, con la misma exaltación, las represiones y agresiones en que incurren sus propios colegas y socios de partido y de gobierno? ¿Por qué ya en el poder adoptan los mismos comportamientos, incurren en la misma

corrupción, protegen la misma impunidad? Si se tiene a la vista esa experiencia, ¿con cuál autoridad moral pretenden ahora que se haga borrón y cuenta nueva, que no se tome en cuenta lo que pasó y sigue pasando, en nombre de una nueva ilusión, de una simple promesa?

Al paso que vamos, si en vez de iniciativas dignas y consecuentes nos seguimos entreteniéndolo con esos pasatiempos, no habrá nación en la que pueda materializarse el sueño de un vago “proyecto alternativo” que se sigue alimentando.

“Os deseo un Egipto”, escribió hace unos días el palestino Omar Barghouti. “Os deseo capacidad para resistir, luchar por la justicia social y económica y ganar vuestra verdadera libertad.

“Os deseo voluntad y habilidad para salir de vuestra prisión con tanto esmero camuflada. En nuestra parte del mundo los muros de las prisiones son demasiado obvios, avasalladores, asfixiantes. Por eso seguimos rebeldes, preparándonos para nuestro día de libertad. Cuando reunamos poder popular suficiente romperemos esas cadenas oxidadas que encarcelaron mentes y cuerpos de por vida. Las celdas de vuestra cárcel son diferentes. Los muros están bien escondidos no sea que evoquen la voluntad de resistir. No hay puerta en las celdas de vuestra prisión: podéis desplazaros ‘libremente’ sin reconocer jamás la cárcel mayor en la que seguís confinados.

“Os deseo un Egipto para descolonizar vuestras mentes y hacer trizas la papeleta con la pregunta de opción múltiple: ‘¿qué queréis?’, porque todas las respuestas que se os dan son malas. Allí vuestra única opción parece estar entre el mal y el mal menor.

“Os deseo un Egipto para que podáis, como los tunecinos, los egipcios, los libios, los bahreiníes, los yemeníes, y ciertamente los palestinos, gritar: “¡No! No queremos elegir la respuesta menos mala. Queremos otra opción que no está en vuestra maldita lista”.





## Rendiciones y resistencias

La carta a don Luis describe con precisión la situación actual en México y las perspectivas. Quiero agregar una faceta más, que permite ilustrar las respuestas.

Felipe Calderón no ha podido ni sabido gobernar, pero aún puede destruir y continúa el empeño que orientó las políticas oficiales de los últimos 30 años: poner el país en manos del mercado, del capital. No hay más salida, sostenía Salinas, que subirse a la locomotora estadounidense, aunque sea como cabús. Para facilitar el enganche abrió al mercado la tierra ejidal y comunal, y en su fiebre privatizadora desmanteló buena parte

“Os deseo un Egipto para que podáis colectiva, democrática y responsablemente reconstruir vuestras sociedades, para restaurar las leyes a fin de que estén al servicio del pueblo, no del capital salvaje y de su ejército de bancos; para acabar con el racismo y todo tipo de discriminación; para cuidar y estar en armonía con el medio ambiente; para recortar guerras y crímenes de guerra y no puestos de trabajo, prestaciones sociales y servicios públicos; para derrocar al gobierno tirano y opresor de las multinacionales, y para sacar el infierno de Afganistán, de Iraq y de todas partes donde bajo el pretexto de “difundir la democracia” vuestros moralmente superiores cruzados han esparcido la desintegración social y cultural, la pobreza abyecta y la desesperanza absoluta...”

“Nuestra opresión y la vuestra están profundamente interrelacionadas y entrelazadas... Nuestro combate colectivo por derechos y libertades no es una consigna a elevar, sino una lucha por la verdadera emancipación y la autodeterminación, una idea cuyo momento acaba de llegar. Después de Egipto nos tocará a nosotros. Es la hora de la liberación y la justicia para Palestina. Es hora de que todos los pueblos de este mundo, en particular los más explotados y oprimidos, reafirmemos nuestra común humanidad y recuperemos el control sobre nuestro destino común.”

del sector público.

Apegado a esa tradición, Calderón puso en venta cuanto pudo y le ha llegado la hora de entregar la mercancía. Por ejemplo: cedió casi la décima parte del país en concesiones a 50 años, las cuales estipulan que es obligación del gobierno mexicano deshacerse de la gente que habite en los territorios concesionados. Un nuevo negocio consiste en demandarlo si no lo hace en los plazos previstos. Y los plazos no se cumplen porque la gente resiste.

La resistencia empieza habitualmente como lucha localizada de un pequeño grupo que intenta proteger sus tierras y aguas, pero pronto encuentra lazos horizontales y se encadena a luchas semejantes en otras partes hasta formar amplias coaliciones que se extienden ya por todo el país. Esta lucha encierra una mutación política de gran trascendencia: representa el paso de la lucha por la tierra a la defensa del territorio. Quienes lograron conseguir un pedazo de tierra que asegure su subsistencia y mantener su tejido social comunitario enfrentan organizadamente el nuevo desafío. No defienden ya, o no solamente, aquel pedazo de tierra. Ejercen una forma de soberanía popular en que la defensa de su territorio es también la defensa de la soberanía nacional.

Abundan ejemplos de estas luchas específicas, que también se enlazan con otras semejantes, como las que se entablan contra presas y represas y muy diversos megaproyectos. En todos los casos se hace evidente el significado y consecuencias de la guerra descritos en la carta a don Luis. La destrucción, a primera vista insensata, irracional, sin sentido, una destrucción que afecta a la naturaleza pero aún más a la gente que se ocupa de ella y vive de sus frutos, adquiere su sentido último en la reconstrucción – cuando han desaparecido el tejido social y la subsistencia autónoma, y los individuos, uno por uno, separados, quedan expuestos a la voluntad del mercado, del capital, a la esclavitud que les impone. “Que sean jardineros en Texas o pongan su changarro”, decía Fox cuando le preguntaban qué harían los que su gobierno desalojaba. Los de Calderón salen también del país, se encuentran ya bajo tierra o son “antisociales” –la etiqueta que las fuerzas públicas ponen indistintamente sobre delincuentes y rebeldes.

Necesitamos hoy el impulso que nos desea el palestino Barghouti, el que hace 17 años nos permitió detener la guerra de exterminio de Salinas y hoy puede parar la de Calderón y librarnos de él. Pero no bastaría deshacernos de las clases políticas... para luego empezar de nuevo el trámite electoral, así fuese con nuevas caras. Buscamos otra transformación, una muy otra, más cerca y más lejos: queremos dismantelar los aparatos políticos y económicos de la dominación, en vez de tratar de conquistarlos con

la ilusión de darles otro uso y sentido; y queremos mantener en nuestras manos la transición, para asegurar que sea el inicio de nuestra reconstrucción, no más de lo mismo. Y para lo que hace falta hacer, ahora y después, necesitamos la ética crítica.

### ¿Por qué don Luis?

Es útil preguntarnos por qué los zapatistas eligieron una correspondencia pública con el filósofo Luis Villoro al llamar de nuevo nuestra atención. No se trata ya de extender el homenaje que le rindieron en San Cristóbal. Es que don Luis encarna, como muy pocas personas, los temas que los zapatistas consideran urgente examinar. Expresa a plenitud la relación entre ética y política.

En los años noventa concibió *El poder y el valor: Fundamentos de una ética política*, un libro que continúa y culmina su obra. Había vivido, como filósofo, en el seno de la razón en cuyo dominio confió Occidente durante los últimos dos siglos – la que concibió “el proyecto histórico de romper con la dominación y la miseria y de alcanzar, por fin, una sociedad liberada y racional, digna del hombre”. En vez de rendirse al fracaso de esa razón y su secuela de conformidad y desencanto, don Luis intentó una reflexión renovada. “¿Es aún posible –se preguntó– un comportamiento político que proponga contravenir el mal? ¿Cabría renovar, ante el desencanto, una reflexión ética?... ¿Es inevitable la oposición entre la voluntad de poder y la realización del bien? ¿Cómo puede articularse el poder con el valor?” El libro responde radicalmente esas preguntas: “Es un proyecto de reforma del pensamiento político moderno, con la esperanza de contribuir, en esta triste época, a descubrir los ‘monstruos de la razón’ que devastaron nuestro siglo”.

Don Luis sufrió y gozó, como tantos de nosotros, la sacudida de 1994 – la que conmovió al mundo entero, como reconocen hoy todos los movimientos antisistémicos. Acompañó a los zapatistas desde entonces, tan cerca o lejos como las circunstancias lo permitieron. Fue su asesor en las negociaciones con el gobierno, en 1996, y fue uno de los tres que se sentaron en la mesa principal en que se lograron los principales acuerdos. Padeció como pocos el desenlace – que no debemos olvidar. Estamos en el 10º aniversario de la Marcha del Color de la Tierra, a cuyos mítines





acudieron unos 40 millones de mexicanos. Miles de organizaciones, en nombre de millones de personas, respaldaron la iniciativa de reforma constitucional acordada con la comisión del Congreso, la Cocopa. No hubo una sola organización, una sola, que se opusiera. Pero el Congreso produjo una contrarreforma infame y la Suprema Corte, por supuesto, se lavó las manos.

La culminación de la obra de don Luis, en ese libro y en otros textos, refleja su propia transformación. Encontró inspiración en los zapatistas y en las comunidades indias y ahí descubrió la alternativa que estaba buscando. Al transformarse, don Luis nos transforma: su lúcida reflexión aporta elementos centrales para lo que hoy nos hace falta. La utopía se ha hecho realidad en el presente, nos dijo desde 2009; tiene ya lugar en este mundo, en las comunidades zapatistas. La democracia no puede estar en un lugar distinto a aquél en que está el pueblo, afirmó también, y observó “una inversión de las relaciones de poder existentes” y “la abolición de toda dominación desde arriba” en la gesta comunitaria que reorganiza la sociedad desde abajo, en su propia geografía, en su calendario...

“El deseo de autenticidad”, insiste don Luis, “es el impulso por liberarse de la opresión de la farsa”. De la farsa, dice; la farsa. La razón que responde a ese deseo descubre los verdaderos valores, y así “toman primacía los que integran la dignidad irremplazable de la persona: libertad, autenticidad, responsabilidad,

igualdad”. Y no olvidemos, por cierto, las últimas palabras de ese libro excepcional: se trata de “cumplir con el designio del amor: realizarse a sí mismo por la afirmación de lo otro”. Más allá de toda farsa.

En medio de riñas interminables y circos mediáticos, atrapadas en su callejón, las clases políticas siguen desgarrando el tejido social y destruyendo a la naturaleza hasta socavar las bases mismas de la supervivencia. Ese callejón no tiene salida. Es inútil, profundamente inmoral, seguir buscándosela. Tenemos que salir de él. Y eso exige, ante todo, plantarnos seriamente en la reflexión, en la crítica, en la ética. Con toda entereza. Siguiendo las huellas de don Luis y la nueva convocatoria de los zapatistas.

San Pablo Etlá, marzo de 2011

---

**Notas:**

1 Tomo de la revista *Conspiratio*, 2, nov.-dic. 2009, las citas de Pietro Ameglio, Iván Illich y Jean Robert.

2 David Shulman, “Israel & Palestine: Breaking the Silence”, *The New York Review of Books*, LVIII-3, February 24-March 9, 2011, p.43. El libro *Breaking the Silence* (Rompiendo el silencio), *Occupation of the Territories: Israeli Soldier Testimonies 2000-2010*, está disponible en [jfp.com/?p=19918](http://jfp.com/?p=19918)